

HISTORIA PERSONAL DE LA ENSEÑANZA DEL PERIODISMO

Reynaldo Claudio Gómez
Universidad Nacional de La Plata (Argentina)
cgomez@perio.unlp.edu.ar

Años atrás, las técnicas del Periodismo todavía se aprendían en las redacciones. No en vano la práctica de prensa, la de los diarios y las revistas, fue considerada “la madre” de otras formas de periodismo que luego se utilizaron en la radio y en la televisión, sobre todo en la redacción de los informativos y los noticieros.

Eran tiempos en que los periodistas “viejos” enseñaban a los “aspirantes” los artilugios de un oficio que, aunque no exento de romanticismo, radicaba, en última instancia, en el uso de estrategias formales de redacción.

Los “viejos” periodistas eran, entonces, Maestros de los que se iniciaban. Y esa escuela fue durante un largo período la más efectiva pedagogía para preparar a los cronistas y noteros que, más tarde, se convertirían en redactores y, a lo mejor, con el paso del tiempo, en la cabeza de la empresa editorial a la que habían llegado sin más armas que la incipiente vocación, cierta avidez literaria y acaso una personal necesidad opinativa.

De cualquier manera, la incursión en el Periodismo se igualaba a una carrera: los que más rápidamente se destacaban en la recolección de informaciones y en la redacción de noticias y crónicas eran también los primeros en alcanzar mayores responsabilidades y, en consecuencia, contratos laborales menos laxos y mejor remunerados.

De manera que, los “aspirantes” a periodistas debían atravesar unos cuantos escalones antes de apretar la primera tecla. Debían servir café, atender el teléfono, cortar cables del teletipo, repartirlos en la mesa de trabajo y, en paralelo, soportar bromas y la cruel indiferencia de los más antiguos.

En lo formal, sólo después de 20 notas publicadas o de dos años de permanencia en la actividad, se obtenía, en el Ministerio de Trabajo, el carné profesional.

Sin embargo, más allá de la mecánica de enseñar el Periodismo a los novatos, que constituía un menester de todos -aún de los más renuentes y menos pacientes-, sólo unos pocos accedían a la distinción de Maestro.

La experiencia en la redacción, la resonancia que alcanzaban de sus notas, la sagacidad periodística eran materias necesarias para alzarse con el trono de Maestro. Pero -y aquí está un poco la clave del Periodismo-, el “Maestro” debía exhibir sin atenuantes dos condiciones inexorables: el conocimiento de la Vida y de la Historia. Y esa sabiduría se adquiría de un procedimiento indispensable: la lectura.

El libro, que ocupaba quizás desde la infancia, las horas de entretenimiento de estos Maestros del Periodismo, había desgajado sobre ellos las historias de Alonso Quijano, de Martín Fierro y de Cruz, de Madame Bovari, de las hermanas Barranco, del Capitán Ahab, de Sandokan y de otros muchísimos personajes, en los que convivían la presencia humana y cierta voz de la historia.

Otros textos de Sarmiento, Mitre, Scalabrini Ortiz, Mallea, Martínez Estrada, los hermanos Tuñón y tantos otros fueron, en cada época, materias de discusión tras el cierre de las ediciones, promulgadas como cátedras entre la viscosidad del café y el montón acumulado de colillas.

Y, aunque los tiempos cambiaron y los libros y los textos, las enseñanzas de los Maestros remitían casi siempre a aventuras y a pensadores, a cuentistas y a especialistas, al argumento de la novela estructuralista o a la heroicidad del soldado caído en Bolivia. Pero para acceder a ese conocimiento, siquiera tangencialmente desde la voz del Maestro, el alumno debía confirmar lo que de él se esperaba: una vocación firme y segura. De ella surgiría luego el talento y después la calidad.

Un Maestro empezaba su enseñanza dedicándole apenas unos pocos minutos al aprendiz. Disimulaba bajo sus lentes la atención que prestaba a la nota que escribía el alumno y casi de soslayo decía: “Pensá antes de escribir”.

Había otros más cascarrabias que directamente le arrancaban al novato la hoja de la máquina y gritaban: “Esto es un desastre, no se puede publicar, empezá de nuevo”; y otros más cándidos que sugerían: “A ver, sacá eso y empezá de nuevo”.

Cuando el Maestro observaba que el alumno, su alumno, al que él había decidido alumbrar estaba dispuesto al sacrificio que exigía la profesión y que, además, aceptaba las reglas del juego elemental en el que uno sabe y otro aprende, recién, entonces, se avenía a considerar que tal vez “ese pibe” tenía vocación.

Esa vocación se evidenciaba en la disposición infinita, en la negación de cualquier encuadre horario, “porque las cosas no suceden cuando vos querés, suceden cuando suceden”, y en la resignación absoluta a la aceptación de los consejos y reprimendas.

Por supuesto, en las redacciones, como en las grandes urbes, abundaban los chantas, extorsionadores, fisgones, plagiadores y

alcahuetes. Ninguno de ellos conseguía ser un Maestro, pero, como un mal necesario y en una comedia diaria, cumplían con la misión de “llenar la pagina en blanco”.

No obstante, esos “colegas” no compartían el café y tras el cierre se colocaban el saco y marchaban a sus casas.

No les debemos a otros, sino a estos pecadores, la peor crisis del Periodismo, su corrupción y degradación y, más que nada, les debemos la falta de compromiso social que desnudó a la profesión de la década de 1990.

Sus artimañas, primero ocurrencias de demandar un pequeño pago por la publicación de un artículo “a favor” o en interesarse sólo por sus propios “intereses”, se transformaron en siniestras estrategias de soborno que beneficiaron a los grandes capitales y empobrecieron al Estado y al pueblo.

Por eso, ser Maestro era estar más allá de esas cuestiones banales. La pasión era, en definitiva, lo que separaba a un cagatintas de un Maestro. El Maestro se situaba más allá del sonido de las monedas y su afán era la música de las teclas rápidas de la Remington o de la Olivetti.

Así, el aprendiz respetaba al Maestro. Aspiraba a su calidad profesional y humana y, quizás, a esa jerarquía no estipulada en el Estatuto Profesional del Periodista, pero presente en la aprobación colectiva de los hombres de prensa: la del Maestro.

No es casual que los pocos maestros que quedan sean ancianos de hablar pausado y suave, a quienes se los presenta en ocasiones especiales, cuando se recuerdan las epopeyas del periodismo de Rodolfo Walsh, Francisco Urondo, Haroldo Conti, Silvio Frondizi o Jorge Masetti, entre otros.

En esos encuentros, los “viejos” cuentan sus historias personales y, la verdad, es que el mundo ha cambiado tanto que sus relatos suenan menos prácticos que candorosos o anecdóticos o anacrónicos.

El Periodismo se impregnó de compromiso cuando, en las décadas de 1960 y 1970, muchos periodistas extendieron su profesionalidad a la lucha por la transformación social y doblegaron el instrumento para convertirlo en un divulgador de las desigualdades sociales.

Pero con su presencia aniquilada, los momentos posteriores dieron lugar a otros menos poéticos periodistas, a los encargados de la escenografía indispensable para el despliegue de la oscuridad. Y algunos, por legítimo miedo, callaron. Y otros sembraron el legítimo miedo. Y el periodismo perdió su rango. Y ya no importó el compromiso profesional y la calidad, deslucida en su ausente moral, se deshizo como el libro corroído por la humedad en la tierra del jardín del fondo. Oculto y escondido.

Un hilito de conciencia reflotó en los albores del ochenta, con el resurgimiento de la revista política. Pero quedaban pocos lectores. Y los noventa terminaron de reventar la profesión a fuerza de “sobres” que hilvanaron los títulos que permitieron la fiesta chancha y el despojo.

El Maestro ha desaparecido

Los que quedan ya no ejercen. La precariedad laboral, en la que un periodista debe, por obligación contractual, editar cuatro páginas al día, no permite que se gradúen Maestros. La profesión es de quien la sabe y no de quien la aprende.

Por eso, la importancia de las carreras de Periodismo, su rol en la formación de los profesionales, es imprescindible para recuperar el espíritu perdido.

Pero ¿se puede enseñar el periodismo desde una Facultad o desde allí sólo se pueden enseñar las técnicas del periodismo?

Durante muchos años creímos que el Periodismo era la técnica y la práctica de esa técnica. Hoy sabemos que el Periodismo es mucho más que una técnica para escribir mejor.

Los estudiantes deben recuperar la confianza en la profesión, saber que el Periodismo es un instrumento capaz y eficaz para la transformación social y, por ello, debe colocarlo al servicio de quienes necesitan más urgentemente su protección. Y las carreras de Periodismo tienen a su cargo devolverle sentido al Periodismo.

El Estado es el principal consumidor de noticias y opiniones, más que cualquier empresa u organización. Lo es, justamente, en ese carácter: cuando es Estado y se concibe a sí mismo como empresa y organización. Como tal, tiene intereses. Esos intereses se ven siempre acicateados por el ritmo de la información crítica, la que pone en tela de juicio sus acciones, la que enfrenta el funcionamiento y la estructura del Estado con las necesidades sociales.

Algunas personas creen que un buen periodista “sabe de todo un poco”; en realidad, un buen periodista conoce el comienzo del camino de la indagación para llegar a la profundidad de las cosas, y emprende esa ruta en conocimiento de su imposibilidad de llegar al fondo, a la última razón, tal como le sucede a un filósofo.

Pensar que el periodismo debe ocuparse exclusivamente de la actualidad es negar una función del periodismo, como es la de reflexionar profundamente sobre la Historia y, así, encadenar causas y consecuencias. Las audiencias necesitan de la prensa más interpretaciones porque las informaciones sobreabundan y a veces hasta saturan, aunque diariamente hagan mención a sólo un puñado de temas. Una información descontextualizada de sus causas y efectos, imbricada con otras cuyo único sentido es el

impacto, es inocua. Una información sola no explica y, lo que es peor, no estimula; es nada más que un simulacro.

La información sólo es útil cuando precede a la acción. Un parte metereológico de lluvias implica el uso de un paraguas; una noticia sobre el mercado de cereales actúa sobre los precios de las exportaciones; una lesión deportiva, sobre el ánimo de los hinchas. Pero ¿es igualmente significativa la información fragmentada en días cuando se trata de procesos políticos o económicos o cuando se refiere únicamente a la problemática social de un sector olvidando deliberadamente a otro?

Es allí donde deben aparecer las carreras de Periodismo y Comunicación para acercar al alumno al sentido del Periodismo. La suma de conocimientos y su articulación con las exigencias del paradigma cultural del nuevo siglo exigen de los periodistas nuevas perspectivas, otras miradas sobre el país y el mundo.

El nuevo periodista debe ser un intelectual reflexivo y, a la vez, un comprometido actor social. Entonces, el Maestro revivirá, ahora con atuendo académico y con deseos de aprender y enseñar nuevamente.